

## Comentario a la Encíclica de Benedicto XVI: *Deus Caritas est sobre el amor cristiano*<sup>1</sup>

Fr. Dr. Anibal E. Fosbery O.P.

Fundador y presidente de FASTA

La Carta Encíclica de un Sumo Pontífice no es un documento más de la Santa Sede. Se trata de una enseñanza que el Santo Padre realiza en virtud de su oficio, es decir que, actuando como Supremo Pastor y Doctor de los fieles todos, proclama, por un acto definitivo, la doctrina que debe sostenerse, referida a una determinada realidad, en materia de fe y de costumbres. En este caso, en virtud de su oficio, el Sumo Pontífice goza de “infalibilidad”.

¿Qué es la infalibilidad? Es una preservación del error que el Papa tiene cuando habla de dogma y moral, por la asistencia del Espíritu Santo. Le corresponde al Romano Pontífice por su propio oficio: “por el mismo primado Apostólico, por ser sucesor de Pedro” (*Const. Pastor Aeternus*, nº 4). Sólo al Papa y sólo a él. Jesús, fundamento y fundador de la iglesia, dijo en la persona de Pedro: “Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca: y tú, una vez convertido, confirma en la fe a tus hermanos” (Lc. 22,32). Así, la unidad de la Iglesia, fundada sobre la roca de Padre (Cfr. Mt. 16,16 ss.) implica la unidad en la fe, garantizada por la infalibilidad del Vicario de Cristo.

Estamos entonces frente a un Documento emitido por el Romano Pontífice, con categoría de Carta-Encíclica, lo cual significa que la materia acerca de la cual el Sumo Pontífice se va a ocupar, se toca con el dogma y la moral de la Iglesia; por lo tanto, esta enseñanza de Benedicto XVI goza de infalibilidad. Dicho de otro modo, no puede ser interpretada de cualquier manera. Nuestro Señor encomendó a la Iglesia la custodia del depósito de la fe, de la verdad revelada, para que la profundice, la anuncie y la exponga fielmente, (C.I.C 747), independiente de cualquier poder humano. Santo Tomás afirma: “La Iglesia Universal no puede errar, porque está gobernada por el Espíritu Santo que es Espíritu de verdad” (II II, q.1, a.9). Es que la Iglesia es la depositaria de la Revelación Divina, está asistida por el Espíritu de de la Verdad (*Dei Verbum* 9), de manera que la totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo, no pueden equivocarse cuando creen. Aquí reside el “sensus fidei” y la “infalibilidad”.

Recordemos a Juan Pablo II:

Así, a la luz de la doctrina del Concilio Vaticano II, la Iglesia se presenta ante nosotros como sujeto social de la responsabilidad por la verdad divina. El sentido de la responsabilidad por la verdad es uno de los puntos fundamentales del encuentro de la

---

<sup>1</sup> Conferencia dictada por el autor a jóvenes universitarios de FASTA en el Seminario de Formación Humanística del año 2006.

Iglesia en cada hombre, y es igualmente una de las exigencias fundamentales que determinan la vocación en la comunidad de la Iglesia (*Redemptor Hominis*, 19)

¿Por qué entonces esta primera Encíclica de Benedicto XVI, referida al amor cristiano? Se me ocurre pensar que el Papa, movido por esa irrenunciable responsabilidad que él tiene sobre la verdad, ha querido ejercer su Magisterio, abordando el tema del AMOR cristiano, ya que la disolución de los principios morales y el consecuente desorden social tienen una única razón explicativa: el hombre de la secularidad ha perdido el verdadero sentido del amor, ese que proviene de Dios porque “Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (I Jn. 4,16)

De esta manera, este tema es tan relevante que Benedicto XVI ha querido comenzar la Carta-Encíclica con ese texto de la Escritura que, como es habitual en la Iglesia, va a imponer el nombre a todo el documento: “Deus caritas est”.

Vayamos ahora al texto. El Papa podría haberse colocado en otra situación, frente a la disolución moral que atraviesa la sociedad de la modernidad, y haber marcado con toda nitidez todos los errores y confusiones que alrededor de los comportamientos morales, hoy circulan para, de esta manera, denunciarlos alertando a los cristianos. Podría haber avanzado un poco más y, en algunos casos, indicar sanciones morales y espirituales para quienes se comportaran de una determinada forma, negando el orden natural y la enseñanza de la Revelación. Sin embargo, Benedicto XVI ha preferido, quizá impulsado por su personal vocación de teólogo, de sumergirse de lleno en el problema del amor y tratar de clarificarlo a partir de la revelación. Su punto de partida, por eso mismo, no es el hombre sino Dios y la enseñanza de la Revelación: “Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios” (I Jn. 4,16).

Es posible que los medios de comunicación estuvieran esperando otra cosa, de este Papa de origen germano; quizá que se valiera de su autoridad para, entonces, juzgar las actividades humanas y, sin más, marcar lo que se debe hacer o no hacer. Esto hubiese traído como consecuencia, polémicas y discusiones desde diversos ámbitos tanto políticos como religiosos, y hubiese servido para poder tener en ascuas a la gente ayudando ellos, los medios de comunicación, de la mejor manera posible a la confusión.

Benedicto XVI no renuncia a la autoridad que le compete siempre y en todo lugar, para proclamar los principios morales, incluso los referentes al orden social, así como a dar su juicio sobre cualesquier asunto humano, en la medida en que lo exijan los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas (C.I.C. 747,2), pero en este caso lo va a hacer exponiendo de modo magistral, el tema del amor cristiano, buscando más que convencer por el ejercicio de la autoridad, convertir a las conciencias por la fuerza iluminante de la verdad.

Como ustedes comprenderán, no se trata de hacer un comentario “in extenso” de toda la Encíclica, ya que el tiempo del que gozamos no lo permite. Sólo trataré de ofrecer algunas claves de interpretación para la misma.

## **Estructura de la encíclica**

El documento tiene una introducción y dos partes.

Al encarar la lectura de la encíclica, la primera pregunta que surge es el porqué la Encíclica:

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, este es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás (1)

La opción fundamental de la vida cristiana la encontramos en la misma Escritura: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (I Jn. 4, 16). De este modo, la fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, a partir de la unión que Jesús hizo en un único precepto, de este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico (19,18); (Mc. 12, 29-31). Puesto que es Dios quien nos amó primero (I Jn. 4, 10) ahora el amor ya no es sólo un mandamiento, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro.

En cuanto a las partes de la encíclica, la primera es más especulativa. El Papa quiere precisar, al comienzo de su pontificado, algunos puntos esenciales del amor que Dios, de manera gratuita, misteriosa, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con el amor humano (eros). La segunda, en cambio, trata del ejercicio eclesial del mandamiento del amor al prójimo.

El Papa se propone con esta Encíclica, insistir sobre algunos elementos fundamentales, para “suscitar en el mundo un renovado dinamismo de COMPROMISO en la respuesta humana al amor divino”. Su objetivo es primordialmente RELIGIOSO.

### **Algunas claves para la interpretación del texto**

#### *Ágape y Eros*

Acercas del lenguaje, hay múltiples acepciones de la palabra AMOR: a la patria; por la profesión o el trabajo; entre amigos; de padres a hijos; entre hermanos; del amor al prójimo; del amor a Dios. Entre toda esta multiplicidad se destaca como arquetipo: el amor entre el hombre y la mujer, intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, de modo que se abren el hombre y la mujer a una promesa de felicidad irresistible.

Cabe entonces realizarse una pregunta: ¿todas estas formas de amor se unifican al final, a pesar de la diversidad de manifestaciones, siendo en último término sino uno solo o son realidades diferentes?

Hay que ver, en todo caso, la diferencia y la unidad del “eros” como amor humano entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad sino que lo impone la naturaleza; y del “ágape”, que es caridad.

Vale, entonces, realizar algunas consideraciones al respecto. El cristianismo religa el amor humano (eros) con la caridad (ágape); por lo tanto, no es cierto que el cristianismo, con sus prohibiciones y preceptos mata al “eros”, convirtiendo en amargo lo más hermoso de la vida, que nos permite degustar del Creador (Nietzsche). ¿Por qué el Papa cita a Nietzsche? Porque es el arquetipo del pensamiento de la modernidad: al Dios que se hace hombre por amor para salvarnos, opone el super-hombre que se quiere hacer Dios.

El “eros” ebrio e indisciplinado no es elevación, éxtasis, hacia lo divino sino caída, degradación del hombre, como lo muestra la experiencia histórica, por eso, debe ser disciplinado y purificado para dar al hombre no el placer de un instante, sino hacerle degustar lo más alto de su existencia, la felicidad última a la que tiende todo nuestro ser. Entre el amor y lo divino existe cierta relación. El amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana y el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto, sino que hace falta: purificación; maduración; renuncia. Esto no significa un rechazo al “eros” sino una “sanación” para que alcance su verdadera grandeza, pues se requiere unificar alma y cuerpo. Ni el cuerpo ni el espíritu aman por sí solos; es el hombre, la persona la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el alma y el cuerpo. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo, de este modo, únicamente de esta manera el amor-eros, puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Se acusa al cristianismo de ser adversario de la corporeidad. Hoy se exalta al cuerpo de un modo engañoso: el eros se considera sólo sexo y el cuerpo, un objeto que se puede comprar o vender, mercancía. Así el hombre mismo se transforma en mercancía; porque el cuerpo y la sexualidad son considerados como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla. No forma parte de su espíritu y libertad, sino que es algo que intenta convertir en agradable e inocuo a la vez, produciéndose una degradación del cuerpo humano. De este modo, la corporeidad no está integrada ni en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni como expresión viva de nuestra totalidad; sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo se convierte muy pronto en odio a la corporeidad.

La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como un ser con cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran mutuamente, adquiriendo ambos una nueva nobleza. El “Eros” quiere remontarnos “en éxtasis” hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? La concepción bíblica del amor se presenta claramente en *El Cantar de los Cantares*, donde se nombra en hebreo como “*ahabé*” y se traduce al griego como “*ágape*”. Esta noción de amor se contrapone al amor indeterminado y aún en búsqueda, porque expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente: descubrimiento del otro, superador del carácter egoísta que predominaba. El amor ahora es preocuparse por el otro, no se busca a sí mismo, sino que ansía más bien, el bien del amado, convirtiéndose en renuncia y dispuesto al sacrificio. El desarrollo del amor hacia su mayor excelencia e íntima purificación conlleva a lo definitivo: esta persona, para siempre.

De este modo, el amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, también el tiempo. Así es “éxtasis” pero no como arrebató momentáneo sino como “camino”, como un permanente salir del yo cerrado en sí mismo, hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo hacia: el reencuentro consigo mismo y el descubrimiento de Dios. Jesús lo describe como el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así abundante fruto. Fue su propio itinerario: de la Cruz a la Resurrección. Aquí reside la esencia del amor cristiano y de la existencia humana en general.

Por lo tanto, la esencia bíblica del amor humano es *eros* como amor mundano y *ágape* como amor fundado en la fe y plasmado en ella. Con frecuencia ambos se contraponen en tanto amor ascendente y amor descendente; amor concupiscente y amor benevolente. Lo típicamente cristiano señala el amor ascendente, oblativo, benevolente; en cambio, lo profano sería el amor descendente, posesivo, concupiscente. Sin embargo, en realidad, *eros* y *ágape* no llegan a separarse completamente; cuanto más se encuentran en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor. El “*ágape*” se inserta en el momento inicial del “*Eros*”, pues el hombre no puede vivir sólo del amor oblativo, también busca recibir amor.

Por otro lado, quienquiera dar amor, debe a su vez recibirlo como don.

Hemos encontrado una primera respuesta, aunque genérica a las dos preguntas formuladas antes:

- el amor es una única realidad, si bien con diversas dimensiones, según los casos, una u otra puede destacar; cuando las dos dimensiones se separan completamente, una de otra, se produce una caricatura del amor;
- La fe bíblica no constituye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarle, abriendo al mismo tiempo, nuevas dimensiones.

Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos: la imagen de Dios y la imagen del hombre, pues a la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monogámico, basado en un amor exclusivo y definitivo, que se convierte en la imagen de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa: el modo de amar a Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre el “*eros*” y “*matrimonio*” que presenta la Biblia, no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura universal.

#### *Jesucristo, el amor de Dios encarnado*

La verdadera originalidad del Nuevo Testamento, la novedad bíblica no consiste en nuevas ideas sino en la figura de Cristo que da carne y sangre a los conceptos como realismo inaudito; es por tanto, la actuación imprevisible de Dios, que adquiere su forma dramática en Jesucristo. Él va tras la “*oveja perdida*”, que es la humanidad doliente y extraviada, tras el hijo pródigo o la dracma perdida, etc. En esas imágenes, él está mostrando su propio actuar, pues con su muerte en la cruz, se realiza ese ponerse de Dios contra sí mismo, el entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, (Jn. 19, 37) ayuda a comprender el punto de partida de esta Encíclica: “*Deus caritas est*”, pues es allí en la cruz donde puede contemplarse esta verdad, y a partir de allí se debe y se puede definir qué es el amor. Desde esa mirada el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

Además, Jesús perpetuó este acto de entrega en la Eucaristía, en el cual Dios se abaja, entrando en comunión con nosotros y produciendo mi común-uniión con los demás: “*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan*” (I Cor. 10,7). En el “*culto*” mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio concreto del amor es fragmentaria en sí misma. Por eso, el mandamiento del amor: “*Un nuevo mandamiento os dejo...*” es posible no como una mera exigencia porque el amor puede ser mandado porque antes nos es dado.

Desde esta perspectiva, la Encíclica recuerda las grandes parábolas de Jesús, que deben entenderse a partir de ese principio.

- El rico epulón (Lc. 16, 19-31).
- La parábola del buen samaritano (Lc. 10, 25-32), en la cual se universaliza el concepto de prójimo.
- La parábola del juicio final en la cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los necesitados: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt. 25,40)

Por lo tanto, el amor a Dios y amor al prójimo se fundan entre sí: en el más humilde, encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios. Así es como El amor al prójimo es un camino para encontrar también el amor a Dios; cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte en ciegos ante Dios: “Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano...” (I Jn. 4, 20)

#### *Cómo conocer a Dios*

Nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo, ¿cómo podemos amarlo? Contesta el Papa:

Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado inaccesible. Dios ha amado primero, dice la carta de San Juan (I Jn. 4, 10) y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible pues “Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él (I Jn. 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (Jn 14,9) “Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre” (17)

Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos: en la última Cena; en el corazón traspasado en la Cruz; en las apariciones del Resucitado; en las grandes obras mediante las cuales Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente.

Así también, el Señor está presente en la historia sucesiva de la Iglesia, pues siempre viene presente a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja, mediante su Palabra, los sacramentos, en la Liturgia de la Iglesia, en la oración, en la comunidad viva de los creyentes. De este modo, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y aprendemos a reconocerle en nuestra vida cotidiana, sin olvidar que Él es quien sigue amándonos primero y que nosotros podemos corresponder a este amor. De aquí nace nuestro amor como respuesta.

Por lo tanto, es posible afirmar que Dios no es un sentimiento. Los sentimientos van y vienen; pueden ser una chispa inicial pero no son la totalidad del amor. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya al hombre en su integridad. Por eso, el reconocimiento del Dios vivo es una vía hacia el amor, porque el sí de nuestra voluntad a la suya abarca la totalidad: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento. Éste es un proceso que está siempre en camino: el amor nunca se da por concluido y completado. Madura, crece, y por eso permanece fiel a sí mismo: “*Idem velle, idem nolle*”, es decir, “Querer lo mismo y rechazar lo mismo”. Este crecimiento en el amor hace que nuestro querer y la voluntad de Dios coincidan: Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío; así crece el abandono en Dios y Él es la fuente de nuestra alegría.

Por último, podemos observar una una imprescindible interacción entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, sólo veré en el prójimo al “otro” sin reconocer la “imagen” de Dios. Si quiero ser “piadoso” pero omito preocupación y atención al prójimo se marchita también la relación con Dios. Será una relación correcta pero sin amor, es decir, sin Dios. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible ante Dios. Por eso, el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento, porque ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. No se de un mandamiento “externo” que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor medida desde dentro; un amor que por su naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a los otros.

Así es como el amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un nosotros que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “*todo en todos*” (I Cor. 15,28)

## Segunda Parte

En la segunda parte de la Encíclica, Benedicto XVI trata de la caridad eclesial, de las organizaciones caritativas. Pareciera, entonces, que estas dos partes están poco vinculadas entre sí: la primera, que es la que hemos visto, más bien teórica, habla de la esencia del amor; la segunda, de la caridad eclesial y las organizaciones caritativas. El Papa, como él mismo lo expresa, ha querido de esta manera mostrar la unidad de los dos temas que sólo se comprenden bien si se ven de este modo. Así, quiere evitar el error ya suscitado en la Iglesia, transformando la acción de ayuda y ayuda al prójimo como una mera solidaridad natural. Por eso dice el Papa:

Era necesario poner de relieve que el acto totalmente personal del “ágape” no puede ser nunca algo solamente individual, sino que debe ser también un acto esencial de la Iglesia como comunidad: es decir, requiere también la forma institucional que se expresa en el actuar comunitario de la Iglesia

Y añade el Sumo Pontífice:

Esta actividad caritativa de la Iglesia, además de su primer significado muy concreto de ayuda al prójimo, posee encubierto también el de comunicar a los demás el amor de Dios, que nosotros mismos hemos recibido.

Debe hacer visible, de algún modo, al Dios vivo. Dios y Cristo no deben ser palabras extrañas en la organización caritativa; en realidad indican la fuente originaria de la caridad eclesial. La fuerza de la caridad depende de la fuerza de la fe de todos los miembros y colaboradores.

El compromiso caritativo tiene un sentido que va mucho más allá de la simple filantropía. Es Dios mismo quien nos impulsa, en lo más íntimo de nuestro ser, a aliviar la miseria. En definitiva, es a Él mismo a quien llevamos al mundo que sufre. Cuanto más consciente y claramente lo llevemos como don, tanto más eficazmente nuestro amor transformará el mundo y suscitará una esperanza que va más allá de la muerte. Sólo así es verdadera esperanza (Benedicto XVI. Discursos a los participantes en el congreso internacional organizado por el Pontificio Consejo “Cor Unum”, 23 de Enero)

Para terminar podemos repetir lo que Benedicto XVI dijo de esta, su primer Encíclica: “En mi primera Encíclica se funden los temas: “Dios”, “Cristo” y “Amor”.